

Cambios de modelos
en cultura:
por una nueva
hoja de ruta para
el sector cultural



115

Raúl Abeledo
y Pau Rausell

Más allá del impacto estrictamente económico y a corto plazo, las actividades culturales y creativas contribuyen al proceso de transformación evolutiva del sistema socioeconómico en su conjunto.

INTRODUCCIÓN

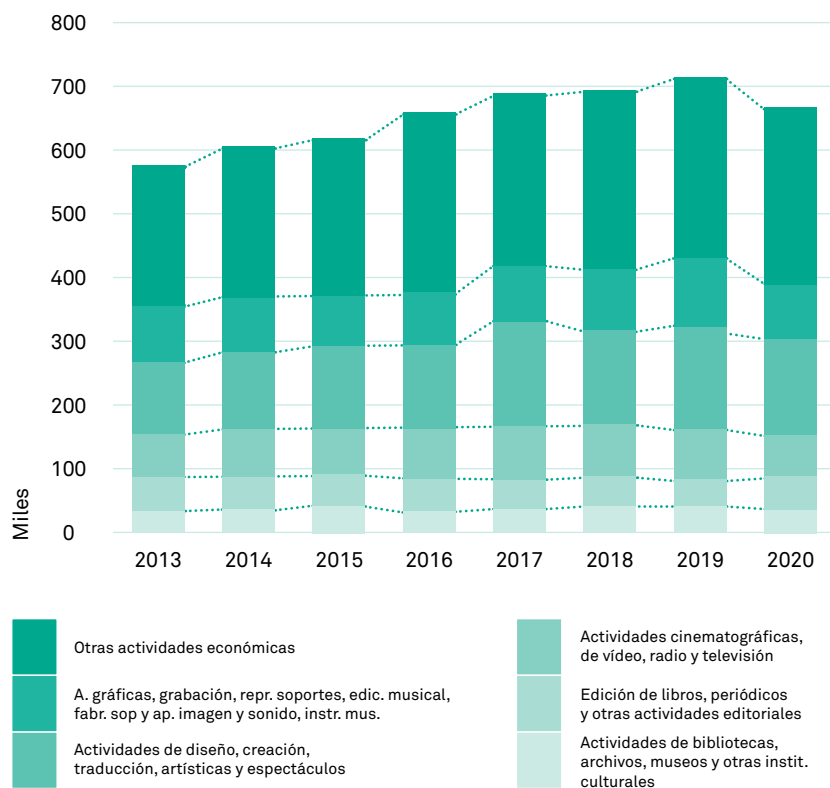
La pandemia de la covid-19 ha sido un serio factor de desestabilización de los sectores culturales y creativos, que a inicios de 2020 empezaban a recuperarse para situarse en niveles previos a la crisis económica y financiera de 2008. La crisis actual es particularmente crítica para estos sectores, debido a la pérdida súbita y masiva de oportunidades de ingresos, especialmente para los actores más frágiles. Algunos actores se benefician del apoyo público (por ejemplo, museos públicos, bibliotecas, teatros), pero pueden experimentar déficits presupuestarios importantes. El sector incluye grandes empresas multinacionales con ingresos sostenibles (entre las que cabe citar todo el entramado de plataformas digitales), pero muchas empresas pequeñas y profesionales autónomos esenciales para el sector han colapsado o se encuentran en riesgo de colapso.

Desde una segunda perspectiva, los análisis de los impactos de la covid-19 sobre el campo cultural evidencian que su alcance va más allá de la delimitación sectorial (generalmente trazada desde un punto de vista profesional), habiéndose activado múltiples dinámicas que afectan de lleno a los derechos culturales de la ciudadanía y a la

participación cultural de las personas en su vida cotidiana. En lo relativo a los derechos culturales, como ha sucedido con el resto de los asuntos, la pandemia no ha calado de manera homogénea en toda la ciudadanía, sino que ha reflejado (y acentuado) los perfiles de la desigualdad y la vulnerabilidad que nuestro tejido social dibuja. A pesar de todo, la caída del empleo cultural ha sido menor de la prevista (-5,9%) y se ha situado por debajo de la caída estimada del conjunto del PIB (-10,8%), lo que, a falta de análisis más profundos, invita a pensar en la enorme resiliencia del sector y, quizás, en los efectos de ciertas intervenciones de políticas públicas para mitigar el golpe.

Evolución del empleo cultural por actividades económicas, 2013-2020

Fuente: INE. EPA.



LA REACCIÓN DE LA UNIÓN EUROPEA

La Unión Europea y los Estados miembros han gestionado muchos aspectos de la pandemia de manera muy deficiente, y en los momentos más críticos se ha activado el «sálvese quien pueda» al que lamentablemente nos tienen acostumbrados. Pero también cabe reconocer que, a pesar de su paquidermismo habitual, la Unión Europea ha reaccionado con notable celeridad y plantea una estrategia inédita que a nuestro parecer va un poco más allá de la simple reacción a los efectos inmediatos de la catástrofe sanitaria. El programa Next Generation EU es verdaderamente, como señala Rafael Doménech, «una nueva generación de políticas para una nueva UE». También el programa REACT-EU se sale del molde convencional y suma a las asignaciones ya presupuestadas para el período 2021-2027 adoptando criterios de distribución entre los países según su nivel de prosperidad y los efectos socioeconómicos de la crisis. En ambos programas la referencia a los sectores culturales aparece explícitamente (entre otros 14 sectores objetivos, como la salud, el textil, el turismo o la construcción) y las cifras que podrían destinarse a la cultura son mareantes.

Ya antes de la pandemia, en 2018, la Comisión Europea había aprobado una nueva Agenda Europea de la Cultura en la que se afirmaba claramente:

El rico patrimonio cultural de Europa y el dinamismo de sus sectores culturales y creativos refuerzan la identidad europea, creando un sentido de pertenencia. La cultura fomenta la ciudadanía activa, los valores comunes, la inclusión y el diálogo intercultural en el seno de Europa y en todo el mundo. Acerca a las personas, incluidos los refugiados y otros migrantes recién llegados, y nos ayuda a

sentirnos parte de las comunidades. Las industrias culturales y creativas también tienen la capacidad para mejorar las vidas, transformar comunidades, generar empleo y crecimiento y crear efectos dominó en otros sectores económicos. (European Commission, 2018)

La cultura y la creatividad quedaban consolidadas como una especie de antibiótico de amplio espectro que nos sirve para abordar terapéuticamente los diversos retos sociales y económicos a los que se enfrenta la Unión Europea. La conceptualización de la cultura y la creatividad como elemento nuclear y tractor de la competitividad europea se había instalado para quedarse. Este proceso tiene su expresión más cercana en la formulación del difuso proyecto de la Nueva Bauhaus Europea inserto en los programas de recuperación pospandemia. En su discurso de presentación a finales de 2020, la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, declaraba:

Quiero que Next Generation EU ponga en marcha una ola europea de renovación y convierta nuestra Unión en líder de la economía circular. Pero no se trata solo de un proyecto medioambiental o económico: tiene que ser, además, un nuevo proyecto cultural para Europa.

LAS EVIDENCIAS SOBRE LA RELEVANCIA ECONÓMICA DE LA CULTURA

Pero ¿tienen las afirmaciones anteriores algo más detrás que una retórica poética? Un artículo mostraba con claridad que los efectos económicos medios de las actividades culturales son positivos en las tres escalas territoriales

(países, regiones y municipios) tanto en los lugares de renta baja como en los de renta alta, y aumentan junto con el incremento del desarrollo; los lugares de desarrollo alto y muy alto son los que muestran mayores impactos. Las actividades culturales son, por lo tanto, un poderoso recurso para mejorar el bienestar de los lugares ricos y pobres en todas las escalas geográficas (Boix Domenech, De Miguel Molina y Rausell-Köster, 2021).

A partir de estos resultados, podemos concluir que el impacto de las industrias culturales y creativas (ICC) sobre el PIB per cápita de los lugares es económicamente significativo en las tres escalas territoriales; que los patrones y tendencias del impacto son similares en todos los niveles territoriales; y que los impactos son no lineales y heterogéneos dentro de cada escala y están relacionados con los niveles específicos de desarrollo de los lugares. En este sentido, podemos afirmar que, en promedio, las políticas basadas en el aumento de la cuota de las ICC aumentan la renta per cápita o el PIB de los territorios y constituyen un instrumento complementario o alternativo en los procesos de desarrollo local y regional.

Sin embargo, el signo y la magnitud del impacto local dependen de las características de cada lugar, es decir, del condicionamiento local. Esto implica que las políticas basadas en las ICC tienen *cisnes negros* y no van a tener efectos positivos en todos los lugares; pudiendo, incluso, ser negativas o neutras en algunos. Además, tendrán un mayor impacto en algunos lugares que en otros. Una estrategia inteligente implica, por lo tanto, una equalización fina acorde con las especificidades de cada territorio.

En nuestros resultados, el efecto de las ICC no fue pequeño para los países y regiones de desarrollo medio y bajo. Sin embargo, el impacto medio fue significativamente mayor para los lugares de desarrollo alto y muy alto. Así pues, las ICC actúan como un arma de doble filo: sirven como instrumento para el desarrollo de los lugares, pero por primera vez informamos de que, en promedio,

también aumentan las desigualdades entre los territorios, favoreciendo de media a las regiones más desarrolladas. A pesar de este hecho, también encontramos que algunos lugares con niveles de desarrollo medio y bajo pueden mostrar una respuesta elevada a las ICC. Diferentes razones pueden explicar este comportamiento (véanse Cooke y Lazzeretti, 2008; De Miguel Molina *et al.*, 2012; Rausell-Köster *et al.*, 2012), que depende básicamente de los condicionamientos locales; es decir, de las condiciones del entorno en el que las ICC interactúan con el resto del sistema socioeconómico.

LOS IMPACTOS DE LA CULTURA SOBRE EL DESARROLLO: MÁS ALLÁ DE LA LÓGICA ECONÓMICA

Tal y como ya recogíamos en nuestra investigación *Culture as a Factor for Economic and Social Innovation* (Rausell-Köster *et al.*, 2012), las teorías del desarrollo y los modelos de innovación más novedosos y ambiciosos plantean que, más allá del impacto estrictamente económico y a corto plazo, las actividades culturales y creativas contribuyen al proceso de transformación evolutiva del sistema socioeconómico en su conjunto, afectando también a la dimensión institucional y constituyendo así un elemento relevante del sistema de innovación territorial (Potts, 2012).

Los enfoques más sofisticados inspirados en los modelos de crecimiento endógeno (Romer, 1990) nos describen el papel fundamental de la incorporación del capital cultural (valores, relatos, imaginarios, estilos de vida, identidad) a la lógica y organización del sistema socioeconómico y productivo territorial. Estos enfoques conectan con la formulación sobre el desarrollo de Sen (1999), quien destaca la importancia de la creación de capacidades (creatividad, imaginación, pensamiento crítico, disruptivo, alteridad) en la ampliación de las libertades de individuos y comunidades.

En este sentido, la cuestión crucial es permitir a los individuos las competencias necesarias para apreciar, valorar e integrar los bienes y experiencias culturales y creativas (Sacco y Segre, 2009). La densidad de las actividades culturales en un territorio se convierte así en el medio en el que se construyen estas capacidades. En estos modelos, el capital cultural es una parte esencial de los procesos de crecimiento y desarrollo: el conocimiento por sí solo no es suficiente, ya que «la perspicacia cultural, la imaginación y la originalidad son esenciales, y la principal fuente de estas cualidades es el capital cultural» (Bucci y Segre, 2009).

En consonancia con todo lo anterior, y frente a los actuales retos globales para un desarrollo humano ambientalmente sostenible, la centralidad de la cultura se hace evidente. Dada la necesidad de una transformación integral (social, económica y político-institucional), la revisión crítica del relato dominante en la actualidad en materia de crecimiento y desarrollo es un requisito ineludible. Un relato dominante caracterizado por la hegemonía cultural neoliberal, en cuya lógica de prioridades predominan los intereses especulativos financieros globales sobre las dinámicas de reproducción social y de los ecosistemas. Nuestro actual modelo de producción y consumo —nuestros estilos de vida— nos aboca a un callejón sin salida, ya que se da de bruces con los conflictos socioambientales que él mismo genera en materia de insostenibilidad ecológica (cambio climático, pérdida de biodiversidad, degradación de los ecosistemas, etc.) y exclusión social (precariedad laboral, pobreza, gentrificación urbana o degradación de los derechos culturales).

En este sentido, es necesario transformar el relato de un desarrollo ilimitado e invertir el orden de prioridades de su racionalidad interna, pasando de una sociedad y un territorio al servicio de los mercados financieros globales a una economía al servicio de la reproducción de la sociedad (inclusión social, economía de los cuidados, justicia social) y de los ecosistemas naturales (pasando de una lógica

antropocentrista a otra de corte ecológico). La economía debería ser un medio, no un fin en sí misma. Por otra parte, la mayor urgencia actual de la humanidad no se encuentra tanto en el plano económico, sino en el ambiental (cambio climático, pérdida de biodiversidad, etc.) y humano (pandemia, guerras, crisis humanitarias, etc.). Incluso dentro del plano económico, el principal conflicto no se encuentra tanto en la vertiente de la creación de riqueza, sino en la distribución de esta.

¿Qué papel desempeña la actividad cultural en este escenario de transformación y reorientación? Al incidir en los valores sociales dominantes, la práctica cultural afecta a nuestros estilos de vida y, por extensión, a nuestros modos de producción y consumo. El papel de la cultura, en tanto que factor clave para el desarrollo de la identidad individual y colectiva, supone una palanca fundamental de transformación (Abeledo Sanchis, 2020a). Si es posible reorientar la lógica actual del desarrollo y poner la economía al servicio de la sociedad es precisamente a través de un cambio cultural.

Entre los valores necesarios para reorientar nuestro modelo de desarrollo hacia sendas globalmente sostenibles podemos señalar la diversidad, la cooperación, la solidaridad, la justicia o la paz. Valores muy alejados de los que promueve el pensamiento económico neoliberal, fundamentado en el egoísmo, el individualismo, el consumismo, el materialismo, el reduccionismo metodológico o el cortoplacismo.

En este complejo escenario de transformación estructural y en profundidad cobra especial importancia el protagonismo de la ciudadanía en los procesos de toma de decisiones (Abeledo Sanchis, 2020b). Así, la cultura, junto con la educación o la comunicación, se presenta de nuevo como una variable imprescindible para la gobernanza de esta transformación. Se trata, pues, de reivindicar el papel de la sociedad civil en el diálogo con las instituciones dominantes (el Mercado y el Estado) para

integrar, equilibrar y armonizar sus lógicas. Impulsar la democracia y la participación de la sociedad civil frente a los comportamientos no deseados del Mercado (oligopolios) y del Estado (clientelismo) es otro de los retos de la sostenibilidad global.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Resultan evidentes los numerosos y complejos retos a los que nos enfrentamos en esta transición hacia una sociedad global más justa y sostenible. A nadie mínimamente informado se le escapa el creciente auge de los populismos, las guerras culturales, la explosión de las *fake news* por las redes y el negacionismo o el revisionismo en los que nos encontramos inmersos. Todos ellos, elementos de sumo interés para nuestro análisis, ya que inciden en cuestiones tan importantes como la defensa de los servicios públicos y del Estado del bienestar, la degradación y expolio medioambiental o los mismos derechos humanos.

En este escenario, el fomento entre la ciudadanía de la capacidad integradora del arte debe ser una tarea prioritaria: desarrollar las competencias creativas, poner en valor el papel de los espacios culturales, generar lenguajes y producir un conocimiento que permitan abordar la complejidad del mundo actual, impulsar soluciones estéticas y diversificar nuestras lógicas de pensamiento son tareas imprescindibles para enfrenarnos a la lógica del pensamiento único y plantear imaginarios alternativos sostenibles y deseables. Otro mundo es posible, y hay que visualizarlo y diseñar la hoja de ruta necesaria para alcanzarlo. Como dijo Albert Einstein: «Si lo puedes imaginar, lo puedes lograr». La interacción virtuosa entre cultura, educación y comunicación puede facilitar las formas de producción de conocimiento y los modelos de organización necesarios para acometer tamaño reto.

Todo lo anterior plantea un potencial escenario de oportunidades de actuación para los agentes culturales. Como trabajadores y trabajadoras cognitivos que son, las organizaciones culturales deben repensar el rol de intermediación que realizan con el territorio, las funciones que desempeñan, los servicios ofertados y las audiencias a las que se dirigen. ¿Cómo estamos contribuyendo con nuestra actividad a la producción social de significados y a su impacto sobre las dinámicas de un desarrollo más justo y sostenible? Cuestiones como la educación artística, la participación cultural y la práctica *amateur*, la comunicación social o el papel de la experimentación e investigación artística en las dinámicas de innovación social, económica e institucional cobran una nueva trascendencia a la luz de todo lo expuesto. Los derechos culturales, la libertad de expresión, la identidad de las personas y de las comunidades, su memoria histórica o la necesidad de plantearse las dinámicas de ampliación, profundización e innovación en materia de audiencias resultan fundamentales para una cultura más inclusiva y sostenible.

En definitiva, una alineación del ecosistema cultural con el desarrollo de las comunidades y las economías regionales, lo cual también se refleja en los grandes ejes temáticos definidos por los fondos de recuperación Next Generation EU: la igualdad de género, la cohesión social y territorial, la transición ecológica y la transformación digital.

A su vez, el Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia del Gobierno de España traslada a nuestra realidad estos planteamientos. Así, en su línea «Impulso a la industria de la cultura y el deporte» incluye los ejes de revalorización de la industria cultural y el desarrollo del plan España, Hub Audiovisual de Europa (que incluye también el sector de los videojuegos). Si bien la partida ordinaria destinada a Cultura en el proyecto de los presupuestos generales apenas se incrementa un 3,7 %, pasando de 914 a 948 millones de euros, se articula una partida adicional de 200 millones de euros para 2021 que provienen de los

fondos europeos Next Generation EU. Se trata de una oportunidad y un momento decisivos para superar las deficiencias estructurales del ecosistema cultural en España, como el escaso reconocimiento de su valor social, la precariedad laboral de sus trabajadores, la falta de vertebración y de capacidad de negociación del sector o su limitada interacción con el resto de la estructura productiva del territorio. De su buena distribución y uso estratégico dependerán buena parte de estas cuestiones.

BIBLIOGRAFÍA

- Abeledo Sanchis, R. (2020a): «Evaluando la vitalidad y la sostenibilidad cultural: algunas cuestiones para el debate», en *Cultura y Desarrollo Sostenible. La dimensión cultural de la Agenda 2030*, Red Española para el Desarrollo Sostenible, pp. 36-46.
- (2020b): «Retos, limitaciones y contradicciones de las relaciones entre la planificación cultural y el desarrollo local sostenible: lecciones desde la Agenda 21 Local», *Periférica Internacional. Revista para el análisis de la cultura y el territorio*, monográfico Cultura y Desarrollo Sostenible, pp. 168-179.
- Boix Domenech, R., De Miguel Molina, B. y Rausell-Köster, P. (2021): «The impact of cultural and creative industries on the wealth of countries, regions and municipalities», *European Planning Studies*. doi: 10.1080/09654313.2021.1909540.
- Bucci, A. y Segre, G. (2009): «Human and cultural capital complementarities and externalities in economic growth», *Departmental Working Papers*, Milán: Department of Economics, Management and Quantitative Methods at Università degli Studi di Milano.
- Cooke, P. y Lazzeretti, L. (2008): *Creative Cities, Cultural Clusters and Local Economic Development*, Edward Elgar Publishing, edición digital.
- De Miguel Molina, B., Hervás-Oliver, J. L., Boix, R. y De Miguel Molina, M. (2012): «The Importance of Creative Industry Agglomerations in Explaining the Wealth of European Regions», *European Planning Studies*, 20(8), 1263-1280. doi: 10.1080/09654313.2012.680579.
- European Commission (2018): *A New European Agenda for Culture*, Bruselas.
- Potts, J. (2012): «Creative industries and innovation in a knowledge economy», en D. Rooney, G. Hearn y T. Kastelle (eds.), *Handbook on the Knowledge Economy, Volume Two*, Cheltenham (Reino Unido): Edward Elgar Publishing.
- Rausell-Köster, P., Abeledo Sanchis, R., Blanco Sierra, O., Boix Domenech, R., De Miguel Molina, B., Hervás-Oliver, J. L., Marco-Serrano, F., Vila Lladosa, L. (2012): *Culture as a Factor for Economic and Social Innovation*, Sostenuto Project.
- Romer, P. M. (1990): «Endogenous Technological Change», *Journal of Political Economy*, vol. 98, n.º 5, parte 2, S71-S102.
- Sacco, P. L. y Segre, G. (2009): «Creativity, Cultural Investment and Local Development: A New Theoretical Framework for Endogenous Growth», en U. Fratesi y L. Senn (eds.), *Growth and Innovation of Competitive Regions*, Berlín, Heidelberg: Springer, pp. 281-294. doi: 10.1007/978-3-540-70924-4_13.
- Sen, A. (1999): *Development as Freedom*, Nueva York: Oxford University Press.